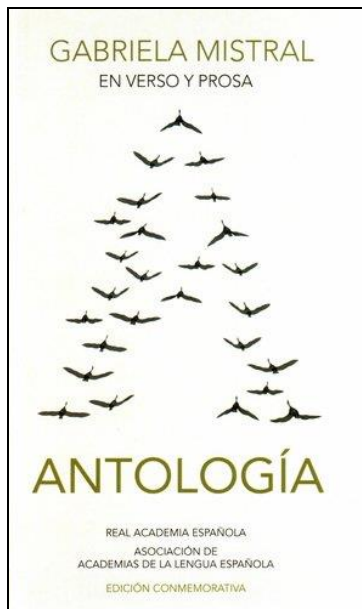




ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

**Palabras de presentación del volumen conmemorativo
Gabriela Mistral en verso y prosa.
Antología, el 16/7/10 en la Sala de Conferencias del Teatro Solís**



GABRIELA MISTRAL

Jorge Arbeleche

Nos reunimos hoy para celebrar la aparición de un libro editado por la Asociación de Academias, que reúne la poesía y prosa casi completas de una de las figuras cumbres de la poesía hispanoamericana.

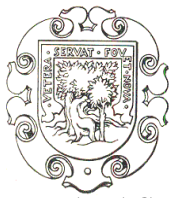
Se trata de la Antología de Gabriela Mistral que es, prácticamente su obra entera, al menos en lo referente a su trabajo total. Pueden existir piezas sueltas no recogidas en libro, pero que no afectarán el concepto de Obra Esencial que ésta tiene.

En una primera instancia sorprende el volumen del libro, si se tiene en cuenta que en vida, Gabriela publicó sólo cuatro libros: “Desolación” (1922), “Ternura” (1924), “Tala” (1938), “Lagar” (1954) y póstumamente su “Recado a Chile”.

Como en casi todo artista creador, existe detrás de Gabriela Mistral, otra figura tan importante como la otra. Me refiero a su verdadera identidad civil, la que respondía al nombre de Lucila Godoy Alcayaga. En ella se cumple un ciclo de leyenda, casi de cuento de hadas: Lucila nace en una zona rural de Chile, el Valle de Elqui, escenario de “sus niñeces”, como ella las nombraba, de frecuente aparición en su poesía, ya sea como lugar o bien como personaje.

Mistral no puede cumplir sus estudios completos, sin embargo, va como maestra al extremo sur del continente, a una ciudad de vientos y borrascas.

Más allá de los problemas burocráticos que sufre allí, en ese lugar tiene su aventura amorosa más famosa – aunque no sé si la más real -, porque el Amante, el que da origen a sus poemas primeros “Los sonetos de la Muerte” que constituyen su primer paso al reconocimiento y la fama, es más literario y motivo poético, que de carne y hueso, más allá de la veracidad de los hechos.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Gabriela construye un personaje, que lleva apellido de Viento y deja atrás a la maestra campesina, aunque ésta siga siendo siempre la gran figura rectora de la vida y obra de Mistral.

Desde su iniciación se ve rodeada de halagos, elogios y agasajos que muchas veces enturbiaron la clara visión de los valores reales de una obra vasta y diferente, hecha con un lenguaje original y áspero, con un nítido sentido de la oralidad más que el de la escritura. Su sintaxis violenta las reglas, lo mismo su vocabulario, que echa mano de arcaísmos y neologismos, recuperando tonalidades e inflexiones del habla americana no recogidas por la lengua culta.

Pero en Gabriela, además de todas estas referencias obligadas al hablar de su peculiar escritura, no sólo pedregosa, sino poco dada a la clásica armonía y melodía acostumbradas, no podemos dejar pasar dos o tres datos que conforman su personalidad.

El primero es que nunca abjuró de su vocación magisterial y eso, a menudo ha resentido una obra que parece más ceñirse a un decálogo que a la vibración del verso surgido de las entrañas de modo espontáneo.

El otro es, sin lugar a dudas, el enjambre de pedidos, adulaciones y elogios que la acompañaron siempre, como un cortejo patético y funambulesco, ante el cual no dejó de ejercer su magisterio y por qué no decirlo, su reinado. Todo esto está ejemplarmente mostrado en el trabajo de Silvia Guerra y Verónica Zondek titulado "El ojo atravesado".

Otro elemento que, en razón de la veracidad histórica no debe dejar de mencionarse, es su clarísima y férrea voluntad de reconocimiento, cuya culminación la constituye el otorgamiento del premio Nobel en 1945; la obtención de este galardón llevó un proceso arduo, desde 1939 (cuando se interrumpe por la guerra) hasta la fecha del otorgamiento.

No se puede dejar de mencionar su clarísima inteligencia. Cuando la proponen, ella, sin negarse, aduce que no es la merecedora apropiada y nombra a algunos de sus colegas que pueden tener igual o más méritos que ella: Rómulo Gallegos, José Vasconcellos, Alfonso Reyes, Juana (de Ibarbourou). Además de su clarividencia, destaco un rasgo notable: su capacidad de admiración y de captación esencial de la especificidad poética.

Así lo hizo con nuestra Juana cuando al referirse a su poesía, acuñó una definición memorable e impecable: "Su misterio (el de Juana) es el peor de todos: el de lo luminoso y no el de lo sombrío".

Tuvo en su obra, la intención de lograr un lenguaje y un tono mestizo propio de esta América. Aunque no siempre lo lograra, es encomiable esta preocupación suya, pues creo que no siempre está en los temas elegidos, sino en la inflexión de la voz donde se esconde el sentido de lo vernáculo.

En su discurso de recepción del Nobel, ella puso de manifiesto una vez más su claridad de pensamiento y la lucidez de su inteligencia, ya que al agradecer lo hace en nombre de toda su América india y mestiza.

El endiosamiento que se hizo de Gabriela en todo el ámbito hispanoamericano, proceso en el cual ella no fue inocente, no invalida en absoluto los valores legítimamente reconocidos de una creadora que hace de su dura contienda con el lenguaje, su destino de vida y obra, más allá de la carga a veces excesiva de sentimentalismo, que opaca la veracidad de la emoción poética donde se evidencia más el peso literario que a pulsión lírica en sí misma.